

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

DIRECTOR: JOSÉ ORTEGA MUNILLA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
MESONERO ROMANOS, NÚM. 31

12 DE MARZO DE 1894

PRECIO DE ESTE NÚMERO
10 CÉNTIMOS EN TODA ESPAÑA



EL MONAGUILLO EN CUARESMA.---El trabajo de estos días es superior á las fuerzas de cualquiera.

Ayuntamiento de Madrid

MI SUICIDIO

(A CAMPOAMOR)

—Muerta *ella*; tendida sin movimiento en el horrible ataúd de barnizada caoba que aún me parecía ver con sus doradas molduras de antipático brillo, ¿qué me restaba ya en el mundo? En ella tenía yo mi luz, mi regocijo, mi ilusión, mi delicia toda... y desaparecer así, de súbito, arrebatada en la flor de su juventud y de su seductora belleza, era tanto como decirme con melodiosa voz, la voz mágica, la voz que vibraba en mi interior produciendo acordes divinos: «Pues me amas, sígueme.»

¡Seguirla! Sí; era la única resolución digna de mi cariño, á la altura de mi dolor, y que remediaría la eterna tristeza á que me condenaba la adorada criatura al huir á otras regiones. Seguirla, reunirme con ella, sorprenderla en la otra orilla del río fúnebre... y estrecharla delirante, exclamando: «Aquí estoy. ¿Crees que viviría sin tí? Mira como he sabido buscarte y encontrarte y evitar que de hoy más nos separe poder alguno.»

Determinado ya á realizar mi propósito, quise llevarlo á cabo en aquel mismo aposento donde se deslizaban insensiblemente tantas horas de ventura, medidas por el suave ritmo de nuestros corazones... Al entrar olvidé la desgracia, y parecióme que *ella*, viva y sonriente, acudía como otras veces á mi encuentro, levantando la cortina para verme más pronto, y dejando irradiar en sus pupilas la bienvenida, y en sus mejillas el arrebol de la felicidad.—Allí estaba el amplio sofá donde nos sentábamos, tan juntos como si fuese estrechísimo; allí la chimenea hacia cuya llama tendía los piecitos cucos, y á la cual yo, envidioso, los disputaba abrigándolos con mis manos, donde habían holgado; allí la butaca donde se aislaba en los cortos instantes de enfado pueril que duplicaban el precio de las reconciliaciones; allí la gorgona de irisado vidrio de Salvati, con las últimas flores, ya secas y pálidas, que su mano dispusiera artísticamente para festejar mi presencia... Y allí, por último, como maravillosa resurrección del pasado, inmortalizando su adorable forma, ella, ella misma... es decir, su retrato, su gran retrato de cuerpo entero, obra maestra de célebre artista, que la representaba sentada, vistiéndolo uno de mis trajes preferidos, la sencilla y cándida bata de blanca seda que la envolvía en una nube de espuma. Y era su actitud familiar, y eran sus ojos verdes y luminicos que me fascinaban, y era su boca entreabierta, como para exclamar, entre halago y reprensión, el «¿qué tarde vienes!» de la impaciencia cariñosa; y eran sus brazos redondos, que se ceñían á mi cuello como la ola al tronco del naufrago, y era, en suma, el fidelísimo trasunto de las líneas y colores, al través de los cuales me habían cautivado un alma; figura encantadora que significaba para mí lo mejor de la existencia... Allí, ante todo cuanto me hablaba de ella y me recordaba nuestra unión; allí, al pie del querido retrato, arrodillándome en el sofá, debía yo apretar el gatillo de la magnífica pistola inglesa, de dos cañones,—que llevaba en su seno el remedio de todos los males y el pasaje para arribar al puerto donde *ella* me aguardaba...—Así no se borraría su imagen de mis ojos ni un segundo: les cerraría mirándola, y volvería á abrirlos, viéndola ya no en efigie, sino en espíritu...

La tarde caía; y como deseaba contemplar á mi sabor el retrato al apoyar en mi sien el cañón de la pistola, encendí la lámpara y todas las bujías de los candelabros. Uno de tres brazos había sobre el *secreter* de palo de rosa con incrustaciones, y al acercarse al pábilo el fósforo, se me ocurrió que allí dentro estarían mis cartas, mi retrato, los recuerdos de nuestra dilatada é íntima historia. Un vivaz deseo de releer aquellas páginas me impulsó á abrir sin dilación el mueble. Es de advertir que yo no poseía cartas de ella: las que recibía, devolvíalas una vez leídas, por precaución, por respeto, por caballerosidad. Pensé que acaso ella no había tenido valor para destruirlas, y que de los cajoncitos del *secreter* volvería yo á oír alzarse su voz insinuante y dorada, repitiendo las dulces frases que no habían tenido tiempo de grabarse en mi memoria. No vacilé—vacilar el que va á morir?—en descerrajar con violencia el primoroso mueblecillo. Saltó en astillas la cubierta, y metí la mano febrilmente en los cajoncitos, revolviéndolos ansioso.

Sólo en uno había cartas.—Los demás los llenaban cintas, joyas, dijecillos, abanicos y pañuelos perfumados.—El paquete, envuelto en un trozo de rica seda brochada, lo tomé muy despacio, lo palpé como se palpa la cabeza del ser querido antes de depositar en ella un beso, y acercándome á la luz me dispuse á leer. Era letra de ella: eran sus queridas cartas. Y mi espíritu agradecía á la muerta el delicado refinamiento de haberlas guardado allí, como testimonio de su pasión, como codicilo en que me legaba su ternura.

Desaté, desdoblé, empecé la lectura... Al pronto creí recordar las candentes frases, las apasionadas protestas y hasta las alusiones á detalles íntimos, de esos que solo los pueden conocer dos personas en el mundo. Sin embargo, á la segunda carilla, un indefinible malestar, un terror vago, cruzaron por mi imaginación, como cruza la bala por el aire antes de herir. Rechacé la idea; la maldije; pero volvió, volvió... y volvió apoyado en los párrafos de la carilla tercera, donde ya hormigueaban rasgos y pormenores imposibles de referir á mi persona y á la historia de mi amor... A la cuarta carilla, ni sombra de duda pudo quedarme: la carta se había escrito á otro, y recordaba otros días, otras horas, otros sucesos para mí desconocidos...

Repasé el resto del paquete; recorrí las cartas una por una, pues todavía la esperanza terca me convidaba á asirme de un clavo ardiendo... Quizás las demás cartas eran las mías, y sólo aquella se había deslizado en el grupo como aislado memento de una historia vieja y relegada al olvido... Pero al examinar los papeles; al descifrar, frotándome los ojos, un párrafo aquí y otro acullá, hube de convencerme: ninguna de las epístolas que contenía el paquete había sido dirigida á mí... Las que yo recibiera y restituyera con religiosidad, probablemente se encontraban incorporadas á la ceniza de la chimenea; y las que como un tesoro *ella* había conservado siempre, en el oculto rincón del *secreter*, en el aposento testigo de nuestra ventura... señalaban tan exactamente como la brújula señala el polo, la dirección verdadera del corazón que yo juzgara orientado hacia el mío!... ¡Más dolor, más infamia! De los terribles párrafos, de las páginas surcadas de renglones de una letra que yo hubiese reconocido entre todas las del mundo, saqué en limpio que *tal vez*... al mismo tiempo... ó muy poco antes... Y una voz irónica gritábame al oído. «¡Ahora sí... ahora sí que debes suicidarte, desdichado!»

Lágrimas de rabia escaldaron mis pupilas; me coloqué, según había resuelto, frente al retrato; empuñé la pistola, alcé el cañón... y apuntando friamente, sin prisa, sin que me temblase el pulso... con los dos tiros... reventé los dos verdes y luminicos ojos que me fascinaban.

Emilia PARDO BAZÁN.

LOS BANCOS Y LAS DINAMOS

Quizá sea preocupación de mi espíritu, tendencia irresistible de todo mi ser, costumbre inveterada y hasta monomanía si se quiere, pero yo veo en las cosas más opuestas, más lejanas y contradictorias, semejanzas y analogías que á muchos podrán parecerles extravagancias. Ante toda variedad, lo que yo más siento y con más afán busco es la unidad; y el no encontrarla me fatiga y disgusta; y al dar con ella ó imaginar que he dado, siento descanso y placidez.

Por eso me admira en nuestro teatro antiguo, aquella riqueza y hasta derroche de imágenes, comparaciones y semejanzas poéticas entre el mundo espiritual y el mundo inorgánico; aunque ya sé que hay quien frunce el entrecejo y encuentra todo eso raro, violento, falso, barroco, decadente, gongorino y desatinado.

Bueno: cada uno tiene sus gustos y sus opiniones, y sin desconocer los peligros del género imaginativo, llamémosle así, y sin negar sus extravíos, yo afirmo que eso que se considera como artificioso y falso es prodigiosamente profundo y prodigiosamente sublime. Con más, legítimo con toda clase de legitimidades, humanas y divinas.

El realismo en el arte, no hay que dudarlo, como el positismo en filosofía, como el método experimental en la ciencia, tienen su legitimidad indiscutible y su base muy sólida y muy segura. Como su nombre lo indica, se funda el realismo en el *hecho*, en la *realidad concreta*, en el *individuo*, pudiéramos decir: es eminentemente *individual*. Por eso es rico en pormenores y en caracteres.

Pero el idealismo, cuando impregnado de espíritu oriental, azuzando á la imaginación, elevándose sobre las diferencias y las contradicciones, busca lo *uno* entre lo *múltiple* y enlaza el mundo del fatalismo y el mundo de la libertad con una serie de imágenes poéticas, ejerce un alto ministerio y practica derechos indiscutibles y crea la belleza bajo otra forma que el realismo, pero la crea al fin, y al crearla afirma una verdad superior. No es puramente individual, es colectivo y *armónico*.

Y al llegar á este punto adivino que el lector me ataja con esta pregunta ó con estas dos preguntas.

¿Qué tiene que ver todo eso con el epígrafe y el objeto del artículo?

¿Y qué tendrán que ver los *bancos* con las *dinamos*?

Reconozco humildemente que las preguntas están en

su lugar, y que esto de emparejar *bancos* y *dinamos* tiene sus apariencias de extravagancia.

Pero es que lo más extravagante suele convertirse, al andar de los tiempos, en cosa corriente, vulgar y hasta de sentido común.

Búsquese el escritor más severo, más sensato, menos tocado de alucinaciones; de forma más pura y correcta; más sencillo y más clásico. Escójase uno cualquiera de los párrafos de cualquiera de sus obras. Y en ese párrafo tómese á la casualidad *una palabra*. Yo afirmo que el *sentido moderno* de esa palabra está á mil leguas, y á mil siglos, *de su sentido primitivo*. Que para llegar á la significación actual ha pasado por centenares y centenares de imágenes, de analogías, de giros, de cuartos de conversión, de oposiciones, de extravagancias; que ha sido ablandada y *emplastecida* por la pasión, retorcida por la casualidad, aguzada por la ironía, trasformada por la imaginación en todos sus contornos, fusionada con sus semejantes y estrujada por razas y por siglos hasta sacar de ella los gérmenes de unidades superiores. Todas las lenguas modernas no son más que el resultado y el residuo de un profundo y sublime simbolismo, y de un trabajo inmenso de comparación y analogía. Pero vengamos á nuestro asunto y dejemos estas lucubraciones para otra vez.

¿Qué tiene que ver un Banco, por ejemplo, un Banco de emisión, el Banco de España, sin ir más lejos, con una dinamo de cualquier compañía de electricidad? ¿En qué se parece el modesto billete de veinticinco pesetas, ó el primaveral billete de cincuenta, el respetable de veinte duros, ó el monumental de cuatro mil reales, llamado comunemente *un Veragua*, ¡y está si que es imagen! que tendrán que ver todos ellos, formando paquetes, ó andando sueltos por esos mundos, con una máquina que gira, con una corriente eléctrica que circula, con un arco voltaico ó con una lámpara de incandescencia? A primera vista en nada se parecen, y nada tiene que ver una cosa con otra; y el epígrafe de este artículo es disparatado, inexplicable, una caprichosa aproximación de dos términos sin relación ni parentesco.

De una parte una forma del crédito: una función económica.

De otra parte fuerzas naturales que trabajan, caballos de vapor que se trasforman: la luz eléctrica, pongo por caso, que se deshace en vibraciones etéreas.

De una parte *el crédito*, repetimos, lo más intangible; lo espiritual de lo espiritual.

De otra parte máquinas pesadas y poderosas, y fuerzas materiales en acción.

Sin embargo, pareceme que si el crédito es lo más sutil del espíritu, la electricidad es lo más sutil de la materia, y algún conato de semejanza, aunque muy remota, se nos va presentando ya.

Pero no son estas las semejanzas que pretendo establecer, que estas serían vagas é insustanciales.

Las semejanzas más profundas no son las que brotan del fondo que pudiéramos llamar *estático*, sino las que aparecen en la función *dinámica*. Las cosas tienen parecido, más que por las sustancias que las forman por la identidad ó por la analogía de las funciones que ejercen. Una Venus no deja de ser Venus por estar hecha en barro, en mármol ó en bronce: estos serán matices, individualizaciones, determinaciones como diría un filósofo; pero la idea estética será siempre la misma. Una locomotora será locomotora, ya se fabrique de hierro, ó de acero, ó aunque se fabricase de aluminio: la función que ejerce siempre será idéntica: hacer hervir agua, empujar émbolos, volar por la vía.

Pues bien, yo digo que las funciones que ejerce el *crédito* en el mundo económico, ó concretando más el problema, las funciones de un banco de emisión, son idénticas á las funciones que ejerce la *dinamo* en el mundo industrial.

No; *estáticamente*, no son iguales un billete de banco y una corriente eléctrica, pero *dinámicamente* realizan la misma función, cada uno en su esfera respectiva. Están hechos de distinta materia: un cuadradillo de papel con letreiros, dibujos y estampas; y un fluido que va por un alambre; ambas son cosas bien distintas. En su inmovilidad no se parecen. Pero que se muevan, que circulen, ejercerán las mismas acciones, y prestarán los mismos servicios al ser humano, cada uno en su forma propia. Los dos elementos encajarán dentro de la misma unidad superior. Y vamos á demostrarlo.

Hemos dicho muchas veces, en otras ocasiones, que *la dinamo* (ó el *dinamo*) no es otra cosa que un ovillo de alambres que se mueve rapidísimamente en presencia de los polos de un imán ó de un electro-imán, alejándose ó acercándose á ellos alternativamente. Y basta que el alambre se mueva en presencia de los polos, para que la electricidad brote, para que, en suma, la corriente eléctrica circule por el hilo metálico.

Un hombre es también un manojo de nervios y de ve

nas, y basta que se acerque al ser amado, ó que de él se aleje, para que la sangre y la vida ó circulen más aprisa por el ovillo anatómico y por la dinamo humana, ó para que se detengan y se paralíen.

Y este hecho, este fenómeno del orden físico, es el que deben retener nuestros lectores: *que en un alambre que se mueve en presencia de un imán se desarrolla una corriente eléctrica*. Parece muy sencillo, muy elemental, insignificante casi, y sin embargo, puede transformar toda una civilización, al menos en sus formas económicas y en su esfera industrial. Es uno de los mayores triunfos de nuestro siglo.

¡Qué exageración! ¿No es verdad que parece una exageración?

Pongo un imán; muevo un alambre, y si lo rodeo á una brújula, observo que la aguja oscila cuando el alambre se mueve. Veo esto, y digo: «¡el mundo se va á transformar!»

¿Cabe tan estupenda afirmación en cerebro humano?

Hay muchas cosas que no caben en el cerebro humano, porque de suyo es pequeño y medianamente acondicionado, y que, sin embargo, *son* y trabajan por *ser*, y que al fin se hacen sitio en ese misterioso hueco en que el pensamiento aletea unas veces soberbio, otras se agita atortolado y otras se acurruca perezoso.

De todas maneras resulta, que una dinamo no es otra cosa que un alambre *moviéndose* ante un imán: lo cual basta para que la corriente circule por el hilo metálico.

Pero *cualquier fuerza*, por ser fuerza, es capaz de producir *movimiento*: por eso es y se llama fuerza. Luego cualquier fuerza del universo, sea cual fuere su naturaleza, su forma, su modo aparente de ser, moviendo una dinamo engendra una corriente eléctrica. Luego cualquier fuerza, repetimos, puede convertirse en corriente eléctrica.

Hecho enorme, descubrimiento maravilloso, este de la conversión de toda fuerza en una forma única: la del fluido eléctrico circulando por un alambre. Es haber resuelto el problema estupendo de la *unidad* en el mundo de la Dinámica.

La máquina de vapor aplicada á *mover* una *dinamo* engendra una corriente: pues se ha convertido la fuerza expansiva del vapor ó mejor dicho el fuego del hogar en corriente eléctrica.

Un salto de agua actuando sobre una turbina pone otra vez en movimiento la misma máquina *dinamo*: pues engendra, ni más ni menos que la máquina de vapor, una corriente eléctrica, que en nada se diferencia de la anterior.

Y de este modo, el cok ardiendo, ó el agua despeñándose, ó el viento soplando sobre la colina, ó el gas estallando en los cilindros, ó la marea con su palpitación, ó el oleaje con su vaivén, ó el calor solar condensado, ó cualquier fuerza del cosmos, desde la fuerza animal á la lumbré del sol, no más que con hacer girar la dinamo, *se transforma en corriente eléctrica*.

La dinamo, pues, *unifica* todas las fuerzas de la naturaleza.

Es un mecanismo de *unificación*; no engendra, no hace brotar de la nada, transforma no más, pero transforma reduciendo á la *unidad* cuanta variedad se le presenta.

Y yo pregunto ahora: ¿qué otra cosa hacen los Bancos de emisión?

Al Banco acuden toda clase de efectos comerciales, letras, pagarés, promesas futuras bajo diversas formas, instrumentos de crédito, representaciones variadísimas de múltiples valores; y del Banco salen *bajo una sola forma*: el *Billete de Banco*.

El Banco recoge aquellos signos de la *circulación económica* y les da *unidad*, y los asegura con sus propios capitales y los pone en *circulación*. Ni más ni menos que la dinamo recogía fuerzas las más distintas, bajo variadísimas formas, y las identificaba, y respondía de ellas, y las hacía circular por los alambres de una red.

La primera función del Banco es como la primera función de la *Dinamo*: fundir la variedad económica, como la variedad dinámica, en una superior *unidad* de la misma índole: ó instrumento de circulación de valores, ó fuerza fluida para la circulación de la energía.

Pero esto no es más que empezar.

Las funciones son múltiples en el Banco y en la dinamo, y en todas ellas se encuentra semejanza admirable, ó mejor dicho, identidad de acción.

¿Qué ventajas se consiguen con que la dinamo transforme las fuerzas y las dé, como se dice en Aritmética, un común denominador?

Por el pronto una ventaja inmensa: la facilidad del transporte; de la circulación, podríamos decir.

Una máquina de vapor y su carga de combustible y de agua, es un todo pesadísimo; y es muy costoso y es muy pesado y hasta difícil, transportar el mecanismo y su fuerza de una parte á otra, de aquí á 100 kilómetros de una á otra provincia.

Una caída de agua, la catarata del Niágara, cualquier cascada perdida en lo agreste de los Pirineos, son fuerzas, sí; fuerzas enormes, pero son intrasportables. ¿Quién se lleva de una parte á otra el pedazo de sierra, su corte en roca, y su lámina líquida y sus afluentes?

Fuerza es la palpitación de la marea, pero no hay modo de arrancarla de la costa adonde llega ó de la playa en que se dilata; allí se queda; y si logra utilizarse será en la misma costa ó en sus alrededores.

Fuerza y muy grande es el viento, aunque irregular; pero las aspas del molino que la recogen, en su sitio se quedan, girando siempre sobre sí mismas, hasta que vengán á buscarlas; que ellas no pueden ir al encuentro ni de caballeros andantes ni de sublimes locos. Fué á buscarlas Don Quijote, y el Quijote moderno se encamina también, pero mejor montado que sobre Rocinante.

En suma, las fuerzas naturales están dispersas por toda la superficie del globo; ó son intrasportables ó son difíciles de trasportar; y por lo tanto, son fuerzas perdidas, ó poco menos, para la industria.

Pero la dinamo las recoge, las transforma, las unifica, las convierte en corriente eléctrica, las espiritualiza, por decirlo de este modo, y las lanza por un alambre á centenares de kilómetros de distancia.

Es decir, que la dinamo *unifica* primero, y después hace posible y rápido, instantáneo casi, el *transporte*. O de otro modo: *facilita* prodigiosamente la *circulación de la fuerza*.

Pues esto mismo hace el billete de Banco. Los efectos comerciales circulan en una plaza, pero aun en ella sólo entre ciertos límites. De una plaza á otra sólo los de determinada clase y con restricciones también. ¡Pero vaya usted á pagar á un sastre de Zamora, ó á un zapatero de Badajoz, á un huertano de Murcia ó á un obrero de Cataluña, con un pedazo de pagaré de la plaza de Madrid!

La circulación económica en estas condiciones, ó es difícil, ó es imposible.

Pero unificados todos estos signos del crédito, convertidos en billete de Banco, y multiplicadas las sucursales, la circulación es fácil, es sencilla, es barata; y allá en lo futuro, cuando las leyes y las asociaciones económicas salven las fronteras con la misma facilidad con que hoy las salvan los vientos que cruzan por encima ó la luz que por encima se dilata, será prodigiosa, tan prodigiosa como hoy lo es la corriente eléctrica.

Tenemos, pues, identidad en las funciones de los Bancos y de las dinamos; *primero*, por la *unificación*; *segundo*, por la facilidad de la *circulación*.

Y aun queda *mucho más*; pero queda para otro artículo.

José ECHEGARAY.

LA NUEVA MISS HELYETT

Penetremos en el Retiro en una de esas mañanas de Abril y Mayo que inspiraron á Calderón la comedia más llena de risueña poesía, de elegantes discreciones y novelescas aventuras de nuestro teatro antiguo. Es la estación en que los almendros cubren el suelo con los despojos de sus tempranas y efímeras flores, dejando asomar sus primeras hojas verdes y transparentes; es la estación en que el sol comienza á despertarse temprano y alegre, llamando con sus reflejos de oro al balcón de los perezosos.

Vamos en derecha á la Casa de vacas, donde hallaremos reunidos y sentados en derredor de una mesa: á don Salustio Verduguillo, á doña Irene López, su esposa; á Doloreitas, hija de ambos cónyuges y al joven don Amalio Rubio, dependiente mayor de un comercio de la calle de Postas y futuro de la heredera de los señores de Verduguillo.

Amalio ama á Doloreitas, y no aguarda más que á *establecerse* para que el cura le eche las bendiciones.

Pero doña Irene, que ve que el tiempo pasa, y está impaciente por *establecer* á Doloreitas, ha resuelto, de acuerdo con su esposo, obligar en este día á Amalio á que fije decididamente la fecha de su casamiento.

Y en esta disposición de ánimo presentamos á ustedes los personajes ya citados.

La mañana está deliciosa, invitando á casarse al hombre más frío y refractario al matrimonio.

La conversación, empezada sobre el tiempo, continúa sobre el trascurso del tiempo y la necesidad de aprovecharle y de pensar en el porvenir y en lo que directa ó indirectamente pueda conducir al fin propuesto.

—¿Qué va á ser?—pregunta un mozo del establecimiento, presentándose delante de la mesa y mientras con un paño limpia el tablero de ella.

—Cuatro vasos de leche y cuatro ensaimadas—dice Amalio.—¿No les parece á ustedes?

—Como usted quiera—contesta doña Irene;—*porque* al

pensar lo que sería de esta pobre hija si quedase sola en el mundo me estremezco.

El *porque* sorprende á Amalio, que no encuentra relación entre las ensaimadas y la suerte futura de Doloreitas.

—Sola, no, mujer—replica D. Salustio;—porque yo creo que Amalio es un hombre de bien, y si lo que Dios no quiera, á ti te llevase la providencia á su seno...

—No hagamos suposiciones, Salustio—interrumpe indignada doña Irene;—dí á Dios te llama á tí y déjame á mí en paz.

—Supongamos entonces que yo soy el muerto.

—¿Pero, señores—interrumpió con mucha dulzura Amalio;—no les parece á ustedes que sería mejor pensar en cosas más alegres y dejar esos tristes pensamientos?

—¡Ay! no, hijo mío, no; usted no comprende todo el alcance de...

—¿De la muerte?

—No, del dolor de una madre; usted no ha sido madre todavía.

—No, señora—responde entre espantado y tentado de la risa el novio de la niña.

—¡Ay!—suspira ésta, mirando con ternura á su futuro.

—Y á propósito—vuelve á decir doña Irene;—¿qué me cuenta usted, amigo Amalio, de sus planes?

—Pues... que pronto abrigo la esperanza de poder realizar mis proyectos. Mi principal está para retirarse de un momento á otro, y me ha ofrecido cederme el establecimiento...

—¡Ya!

—¡Ya!

—¡Ah!

Este *¡Ah!* de la niña apenas se percibió. Al fin y al cabo, el *¡Ah!* era una exclamación de alegría, y Doloreitas estaba muy bien educada para manifestar regocijo por una promesa tan natural en un joven enamorado.

¡Casarse! ¿Quién no se casa? Unicamente el que permanece soltero; los demás, todos caen más ó menos pronto.

La satisfacción se pintó en el semblante de don Salustio; pero doña Irene, que, como mujer, era más incrédula, no se satisfizo con las palabras de Amalio; eran promesas sin plan fijo, y con éstas no sucede lo que con los pagarés en iguales condiciones; ejecutar á un novio por falta de cumplimiento no está autorizado por la ley, que no está hecha á gusto de las suegras ni de otras muchas personas (dicho sea entre paréntesis).

El mozo del establecimiento vacuno, llamémosle así, había ya servido los cuatro vasos de leche de vacas, si no vista, oída ordeñar, porque desde la mesa que ocupaban nuestros personajes se percibían los mugidos de las propietarias del lácteo jugo (allá va eso).

Las ensaimadas tocaban á su fin, y doña Irene trataba por todos los medios posibles de que Amalio precisase la época del matrimonio, por aquello de que no conviene á las chicas tan largo *noviazgo*, y de que el mundo murmura, como si todo el mundo conociese, ni de nombre, á todas las muchachas casaderas que tienen novio.

Amalio declaró por último que para fin de año entraría en la familia, y tendría el gusto de llamar á doña Irene y á don Salustio papás políticos.

Esto agradó más á doña Irene, y mientras lo transmitía á su esposo, Amalio preguntaba á Doloreitas aquello de:

—¿Me quieres?

Y Doloreitas contestaba:

—Teodoro ó te adoro.

Frases hechas para uso de los amantes cursis y para otros que no lo son, suponiendo que pueda haber algún hombre que en semejante caso no se vuelva cursi y hasta tonto de solemnidad.

Preguntar á una mujer que si le quiere á uno cuando piensa en hacerle su marido, es como preguntar al individuo que nos da varias monedas en el cambio de otra, si son buenas, porque de seguro no ha de decir que no, como la mujer en clase de novia ha de contestar que *sí* quiere al hombre con quien está en relaciones.

La conversación volvió á ser general, y los novios tenían que contentarse con miradas furtivas.

Doloreitas estaba colocada de espalda á la puerta del establo, y doña Irene lo mismo, pero del lado de la pared; don Salustio estaba frente á su cara mitad, y Amalio en el otro lado, esto es, con un ojo hacia la hija y otro hacia el padre.

¿Cómo se mudan en tristes y azarosas las más felices horas de la vida!

De repente llegó á turbar la tranquilidad de aquellos cuatro seres el ruido de algunas voces que se oían hacia el interior de la casa.

Luego... se oyó un terrible mugido.

Y después... ¡horror! vióse á la hermosa y simpática Doloreitas levantarse de la silla y ascender, como si fuera á volar.



LA SEMANA SANTA EN SEVILLA.--El paso de la Virgen.

Ayuntamiento de Madrid

RITORNA VINCITOR



La indemnización no es mucha; pero... ¡si vierais qué embolado me había repartido el gobierno...!

Ayuntamiento de Madrid

Los padres y el novio quisieron detenerla en su ascensión, pero asombrados ante aquella especie de magia teatral, al ver las puntas de la maga, llenos de miedo pusieron pies en polvorosa.

A las voces que dieron al echar á correr acudieron los mozos de la vaquería y algunos paseantes, viendo todos á lo lejos una vaca que se fugaba del lugar doméstico, declarándose en huelga.

Entonces lo comprendieron todos: aquel animal había enganchado á Dolorcitas por la falda y la había arrojado por alto, aunque, afortunadamente, sin causarle más daño que el consiguiente susto, porque la muchacha no tenía sangre torera.

Dolorcitas permanecía en el suelo cuando acudieron á su lado doña Irene, don Salustio y Amalio; había perdido el conocimiento y se hallaba tendida boca abajo, en una postura, si no incómoda, al menos muy inconveniente.

Tenía el rostro cubierto por las faldas y...

¿Para qué cansar á ustedes con descripciones?

Hubo un momento de hilaridad entre los curiosos impertinentes.

Doña Irene, como una matrona romana ó de cualquier otro punto, se lanzó sobre su hija, la bajó las faldas y la descubrió el rostro precipitadamente, mirando en actitud trágica á los curiosos.

Cuando Dolorcitas volvió en sí, lanzó un profundo suspiro, bajó los ojos y comenzó á llorar.

—Vamos, tonta—la dijo su madre,—eso no es nada; ¡te resientes de alguna parte?

—No, señora,—respondió tartamudeando.

Un refresco de agua y vinagre que le sirvieron en la vaquería tranquilizó un tanto á la joven, que al regresar á su casa, aprovechando un descuido de los padres, preguntó á Amalio:

—¿Me viste caer?

A lo que el enamorado joven contestó con apasionamiento:

—No, angel mío; te ví caída.

Para terminar, diré á mis lectores que, según me ha contado doña Irene, el golpe aquel ha acelerado la boda de Amalio y Dolorcitas.

E. de LUSTONÓ.

Chispas

Si son verdad, cual dicen,
y yo no dudo,
esos cuatro millones
de pesos duros,
con que los moros
van á pagar á España
los platos rotos,
declaro desde luego
que los admiro,
que el sultán nos dió pruebas
de buen amigo;
que Allah es grande,
y que á pocas como esas
¡me compro un jaique!

¡Qué cielo, qué sol, qué ambiente,
qué noches de dulce paz!
Y en las calles, ¡cuánto pobre
que no nos permite andar!

Sobre si es ó no falso un testamento
se armó gran polvareda,
como no he de heredar, y bien lo siento,
que cada cual se arregle como pueda.
Yo solo afirmaré por deducciones
que el testamento es falso,
y que hay un director en las prisiones
que se llama Cadalso.

El rey siempre futuro
de los carlistas,
pasó, según informes,
á mejor vida.
Ya tiene en casa
con quien entretenerse
y hablar de España.

Manuel del PALACIO.

MADRID

Parece que por ahora se ha cerrado la era de los banquetes

Consagrar cosa tan inmaterial como la gloria, con actos tan poco espirituales como un banquete, es propio de estos tiempos en que lo tangible que adula al gusto se sobrepone á lo intangible que recrea y cultiva al espíritu, pero no es de mi gusto, sobre todo cuando el homenaje

se dirija á un poeta nacido en el silencio de un dolor hondo.

Mientras el banquete dura y subsiste la excitación pasajera del Champagne, pondríamos al poeta sobre el más alto pedestal que hubiera en la patria, y á poco que se nos empujara saldríamos á la calle pidiendo á los gobiernos honores excepcionales para el festejado. Pero cuando terminado el agape, el frío de la calle equilibra el cerebro y devuelve las cosas á la realidad, no queda de la manifestación hecha otra cosa que el ruido suelto en los periódicos.

Si los admiradores de Balart hubiesen comprendido esto, habrían invertido el importe del banquete en algo artístico y duradero que en el despacho del poeta recordara en todo momento la admiración silenciosa y firme de los corazones que habían sentido con él, y no hubieran organizado una comida.

No es esto censura ni puede serlo respecto de quienes han banquetado á Balart admirándole sinceramente; es una opinión de que estoy seguro ha de participar Balart mismo, hombre á quien el ruido asusta y que estaba allí, según dijo, como un buho delante de un rayo de sol.

Para fortuna suya, Silverio Lanza murió hace muchos años y se ha librado de su correspondiente banquete que para él, espíritu arisco y amigo de vivir dentro de sí mismo, hubiese sido indecible tormento.

Hace más de cinco años, á partir de la publicación del primer libro de Silverio Lanza, *Mala cuna y mala fosa*, que imprimió para honrar su memoria su amigo y editor Juan Bautista Amorós, llamé por vez primera la atención de los lectores sobre Lanza. Aquel primer libro se vendió regularmente; el que le siguió, *El año triste*, doce hermosos cuentos, casi no se vendió; los demás, probablemente no se habrán vendido de ningún modo.

Á esto ha contribuido, indudablemente, que Silverio Lanza haya muerto y no pueda ocuparse en cultivar el reclamo en torno de sus libros, como hace cualquier espíritu selvático é independiente cada vez que echa un tomo á la calle, lo cual á mí me parece bien hecho, por independiente que se sea. Pero, en fin, el hecho es que Lanza no existe para empujar sus libros, y que por esto mismo mi opinión sobre ellos es puramente desinteresada, dato que está bien que conozca el lector.

Silverio Lanza fué un escritor originalísimo, cualidad inestimable aquí donde se llama ya original á lo extravagante, y estaba su originalidad, no sólo en el fondo, en la manera artística de ver las cosas y de llegar hasta la entraña de ellas, sino también en la forma nerviosa, incorrecta y acre de que las revestía. En el nuevo libro de Silverio Lanza que ha publicado Amorós, *Artuña*, subsiste el escritor con todas sus excelentes cualidades y con todos sus defectos de incorrección, que á veces parece intencionada, y con el propósito de huir de perifrasis y escarolas de estilo que pueden velar la desnudez con que al parecer quiere presentar un concepto ante el entendimiento del lector.

Esta incorrección y acritud de la frase tienen para mí grandes encantos en los libros de Silverio Lanza, y creo que lo que dice no sería tan prontamente asimilable si fuese dicho de otro modo.

Es casi seguro que el libro *Artuña* no se venderá tampoco, pero no importa, ya que Silverio Lanza no ha de aprovecharse de lo que den sus obras póstumas; pero yo cumplo el deber de señalar su publicación excepcionalmente entre la marea de papel impreso que invade las librerías, diciendo á los que aun buscan en ellas lo nuevo bueno:—Leed ese libro modesto en lo exterior, porque dentro hallareis una personalidad literaria digna de que vuestra atención se detenga delante de ella siquiera el tiempo necesario para conocerla y estimarla.

Ya no me atrevo á dirigirme al señor gobernador en vista de que se ha dignado hacerse el sordo para anteriores reclamaciones, pero una carta de un lector me mueve á consignar aquí sus quejas, porque las considero fundadas y por la galantería conque me ruega que las exponga.

Afirma mi cortés lector que no recuerda haber visto Madrid tan abandonado en punto á limpieza moral, y tiene razón para afirmarlo. «El juego y la prostitución—dice—son los dueños de la vía pública desde antes de las once de la noche, al parecer con consentimiento de la autoridad, y conviene que Ud. llame la atención del gobernador por si lo ignora.»

Ya está, estimable señor, pero creo que habremos perdido el tiempo Ud. escribiendo la carta y yo tomando públicamente nota de lo que dice.

Lo que sucede puede explicarse por los antiguos procedimientos astrológicos. En este mes de Marzo brilla con mayor intensidad en el cielo de la tarde el planeta Venus, y su influencia se deja sentir indudablemente acá abajo, hasta contra la voluntad de las autoridades.

Y en cuanto al juego... no encuentro explicación satisfactoria ni astro que cargue con la responsabilidad.

Eso debe ser cosa de tejas abajo.

Un condiscípulo del Sr. Moret niega en un colega haberle oído pronunciar *anedocta* é *ivierno* en cuarenta años que cuenta de amistad con él, y supone que puede casualmente haberlo dicho.

Perfectamente; en cuanto al *ivierno* allá mi amigo Cavia que lo oyó, y él dirá cuantas veces. En cuanto á la *anedocta* habrá sido casualidad, pero se ha repetido, según me afirma Cecial, en varios discursos. Y en cuanto á las *papeletas* del diccionario, y dado que las palabras *papeletas del diccionario* apenas se han dicho casi nunca, claro está que se refería á unas papeletas que no existen.

Que el señor conde de la Viñaza ha escrito de crítica, bibliografía y gramática... Bien está y yo lo celebro sinceramente; pero como el mérito de los escritos del señor conde, más conocidos que estos LUNES DE EL IMPARCIAL, es materia opinable, el condiscípulo del Sr. Moret me permitirá que siga creyendo con derecho de prioridad, por lo menos, á otros escritos y á otros escritores que cité en mi anterior artículo, y á quien, seguramente, el mismo señor conde cederá gustoso el paso.

Federico URRECHA.

¡PECADOR!

(MONÓLOGO)

Las cinco. ¡Todavía las cinco! ¡Qué largo es el invierno! ¡La vejez de la naturaleza! ¡El tormento mío en estas horas de soledad, de fiebre y de remordimiento!... Solo, enfermo, maldito, arrinconado como un trasto inservible en este gabinete falto de aire, de luz... Parece un sepulcro. Estoy enterrado en vida. Me han desahuciado la ciencia... ¡y Dios! ¡Dios sobre todo! (Pausa.) Ya comienzan á encender los faroles ¡Zas! Un golpecito en el regulador y tenemos hecha la luz. Al mundo, á este mundo civilizado, le importa un bledo la noche. Se construye un día artificial y á su anémica claridad continúa la vida... La vida de los demás, no la mía. Esto no es vivir. La existencia representa un trabajo en provecho propio ó del prójimo, y yo estoy estorbando. El aire que enveneno con mi hálito hace falta en otros pulmones más sanos... que merezcan respirar. Yo no me he hecho acreedor ni á la muerte, que al fin y al cabo es un consuelo, un descanso. (Pausa.) Me acuerdo del pasado. Se me antoja ilusión la paz de aquellos días de amor bendito ¡Niñez! ¡Juventud!... ¡Fantasmas!... Yo iba á la escuela cogido de la mano de la criada, á quien mi madre recomendaba no me soltase ni un minuto. Sólo desobedecía cuando ya estaba aprisionado en el regazo materno. ¡Qué prisión tan dulce! Luego crecí, fui joven, entré en esa edad que es un perenne ensueño, y tuve, como los demás, pesadillas de amor. Entonces no encontraba lúgubre el invierno... He llegado á esta tarde tan triste, tan triste, carcomido por una enfermedad que no sé si radica en el alma ó en el cuerpo. (Pausa.) El recuerdo persiste. La memoria es mi martirio. Ante mí desfila gran copia de imágenes mías en diversos episodios de mi existencia... Falta una. ¡Ah! ya apareció... La culpa: cárcel horrible donde vive torturada mi conciencia... (Con exaltación creciente.) ¡Mis manos manchadas con sangre, la suya, la de la esposa mártir!... (Levantándose.) ¡Yo asesino! (Con voz más débil, semejante á un eco.) ¡Yo asesino! (Sentándose otra vez.) ¡Qué pasado tan negro! (Después de un rato de silencio.) Si mi yo actual pudiera desligarse del yo de otra edad, constituyéndose cual un solo individuo, localizado en el presente... No, no puede ser. Estoy delirando. No sé que hacer para atrofiar mis facultades recordatorias. Tengo que someterme á su voluntad y vivir recordando... y tener por sudario un recuerdo. (Pausa larga, durante la cual permanece meditabundo.) Fué una tarde como ésta, en los comienzos de Enero... Volví yo á mi casa después de veinticuatro horas de ausencia. Mi mujer estaba llorando. ¡Oh, ella si que me quería! Desde la puerta de la escalera me dirigí á mi despacho... para dar salida á un turbión de negros pensamientos. Me sentía con ansias horribles de blasfemar, de escupir al Cielo... En la habitación inmediata ¡sentí pasos, luego en la mía, donde yo estaba, detrás de mí. ¡Viernes á pedirme cuentas? pregunté en tono algo más que agrio. «No; contestó la pobrecilla; vengo á darte un beso.» ¡Ah, bruto, animalucho, fiera!... Me pidió en tono sumiso perdón de aquello en que me hubiera faltado, sin duda alguna, bien á pesar suyo. De mí se ausentó la dignidad, el sentido común, la razón, é injurié, amenacé groseramente... La arrastré por el suelo y escupí aquel rostro de nácar... (Horrorizado.) ¡Escupí en un cáliz!... Cayó enferma, mortalmente herida. Durante su enfermedad veíala solamente cuando una mejoría pasajera la permitía un

par de horas arrimada á la chimenea del comedor. Mirábame comer con interés maternal. Sin hacer caso de mi brutal actitud, me preguntaba si tenía apetito. Yo contestaba con una palabrota. La mártir sonreía y miraba al Cielo. Algunas veces comía sólo. Por los criados sabía que la señorita estaba peor, que la noche había sido muy mala... Un día, en el momento de sentarme á la mesa, me dijeron que llevaba seis horas delirando, llamándome á su lado con dolorido acento... *(Como soltando las palabras á la fuerza.)* ¡Comi con toda tranquilidad!... *(Pausa breve.)* Dos horas antes de morir me llamó. Quería despedirse de mí. Contesté evasivamente. Vino al cabo de un gran rato su madre y seguí esquivando aquella suprema entrevista. Me parecía que iba á comparecer ante Dios. La pobre señora fuese llorando. Media hora después espiró la virgencita... ¡Noche de horror! No pude dormir. El cerebro ardía y la sangre se precipitaba en él, como si el resto de la red venosa estuviese obstruido. Paseaba á ratos y á ratos me sentaba. Enfrente de mí, por las rendijas de la puerta que daba acceso á la sala, veía oscilar la luz de los blandones. Se me antojaban los últimos luceros de un universo agonizante. Amaneció. La aurora de aquel día comenzó á brillar serena y hermosa. Su claridad inundó la capilla ardiente, ahogó en sus ondas rosadas el tembloroso resplandor de los cirios y cayó sobre el cadáver de Gloria como la bendición de Dios. Por puro formalismo fui al cementerio, y allí, al pie de la tumba, cara á cara con la verdad, vi por última vez el adorado rostro de nácar. Me dió miedo y procuré que cerraran el ataúd cuanto antes. Volví al nido. Estaba solo... *(Acogido.)* ¡Perdón, alma mía!... *(Pausa.)* Ya cerró la noche. ¡Qué oscuro está este gabinete! Cada vez se asemeja más á un sepulcro. Llamaré para que traigan luz... No. Prefiero estar á oscuras. No quiero verme. Las tinieblas no me asustan. Es mi elemento. Siempre he vivido entre sombras, entre nieblas. La luz me ha hecho daño... Por eso mandé cerrar inmediatamente su ataúd el día del entierro. En aquel rostro brillaba no sé qué fulgor. El último de una vida que acababa... Acaso el primero de mi razón que renacía. El fulgor estaba dentro de mi cerebro... ¡Quién pudiera volverla á ver, animarla y pedirle perdón! Este deseo imposible de realizar me mata. ¡Qué horrible será mi agonía!... ¡No! ¡Ya estoy agonizando! *(Rato de silencio. El cielo se aclara en algunos sitios, y la luna penetra por los girones de la deshecha nube bañando el suelo de la habitación hasta tocar los pies de Lucas.)* ¡Ábrete, conciencia! Quiero verte... Sombras, más sombras, pedazos de sombras. Es mi pasado... ¡Qué repugnante me encuentro! ¡Y qué cosa tan dulce son estas entrevistas con el alma!... Parezco tranquilizarme... ¡Ah! ¡No! ¡No puedo! Otra vez me asalta esa idea. ¡El perdón! Como todas las tardes. ¡Dios mío, concédeme ese perdón, por boca suya; quiero verla, lo suplico!... ¡Lo mandó! *(Dando un grito y fijando la vista en la pared.)* ¡Oh! ¡Qué veo! ¡Despierta, infeliz! ¡Estás soñando! *(Lecantándose y pasándose la mano por los ojos.)* No, no sueño... ¡Es ella! ¡La esposa mártir que viene del cielo! *(En la pared se esfuma tenuemente una sombra. Poco á poco se destaca con claridad. Al fin adquiere la forma de una jovenita vestida de blanco. Sobre ella descende una luz melancólica que parece encerrarla en un marco de niebla. Quedase mirando dulcemente á Lucas. Momento de silencio. El pecador cae de rodillas y se arrastra hacia la cisión murmurando.)* Creo en Dios Padre... *(Al terminar, casi roza con su aliento á la aparecida.)* ¡Ángel mío, perdóname! Vago por el planeta como la sombra del pecado, buscando siempre la redención, manantial de purísimas aguas donde me lavaría mi horrendo delito. Me envuelven tinieblas, oscuridad... ¡Enseñame la luz! ¡Ansío verla! El remordimiento me ha hecho incrédulo... ¡Quiero perdón, luz! ¡Tengo hambre de fe! *(La visión, posando las manos sobre la cabeza del arrepentido, de rodillas ante ella, susurra estas frases:)* ¡Yo te perdono! *(Quédase absorto un instante. Al fin se levanta. La visión ha desaparecido. La luna se ha ocultado.)* ¡Ah, qué claro está ahora el gabinete! ¡Dios ha entrado aquí con ella! ¡Gracias! ¡Gracias!

J. MENÉNDEZ AGÚSTY.

Alrededor del mundo

SUMARIO

Dos grandes innovaciones industriales.—Bolitas contra aceite.—Caldera de vapor sin agua y vapor al segundo.—Anarquistas del siglo XI y máquinas infernales de 1.500.—Mechero curioso.

Dos grandes innovaciones de la mayor importancia están haciendo su camino en el mundo industrial y llevan traza de no tardar mucho en imponerse.

Una es la supresión del aceite en las máquinas; otra la supresión del agua en las calderas de vapor.

¿Cómo pueden realizarse estas maravillas? Véase el modo.

Las máquinas gastan cantidades enormes de aceite; sus articulaciones nadan materialmente en grasa; era, hasta hace poco, la única manera conocida de disminuir la fricción, grande é inútil consumidora de la fuerza motriz que tan cara cuesta siempre. El sistema estaba inspirado en un error mecánico evidente, porque la anatomía de los seres vivos articulados enseña que basta redondear las superficies frotantes y lubricarlas muy poco para disminuir muchísimo el roce y el gasto de fuerza consiguiente.

La construcción de velocípedos, máquinas que tienen que caminar con gran velocidad sin que haya medio de engrasar constantemente sus ejes, ha hecho que agucen el ingenio los inventores y que caigan en la cuenta de imitar la naturaleza.

Hoy día los velocípedos hacen sus revoluciones girando sobre bolitas metálicas muy movibles é interpuestas. El principio va pasando rápidamente de los ciclos á las máquinas de todas clases. Hacia falta para estas bolitas un metal que casi no se gastara: ese metal existe, es el acero fundido al crisol, de grano fino ó acero diamante. Era necesario además construir una máquina que produjese bolitas perfectamente esféricas, problema difícil en verdad, pero que también ha sido resuelto. Hoy día, una sola fábrica en Inglaterra produce 80.000 bolitas de acero diarias; en los Estados Unidos esta industria ha alcanzado ya mayores vuelos todavía.

Empiezan á aplicarse las bolitas á los ejes de los coches; pronto se aplicarán á las ruedas de los vagones y á los árboles de hélice de los vapores.

La transformación no será del agrado de los productores de aceites y grasas; he aquí como el velocípedo ha venido á ser la causa de su ruina.

La otra gran innovación, la de la caldera de vapor sin agua, no es menos curiosa.

En vez de tener en la caldera un depósito de agua y vaporizarla, como por el sistema antiguo; en vez de inyectar el agua en tubos fuertemente caldeados, como por el sistema Serpollet; el inventor del nuevo modelo, M. Chatenet, dispone encima del hogar un haz de tubos horizontales, que en comunicación unos con otros é inyecta en ellos agua pulverizada. La vaporización es inmediata.

Tan inmediata que produce al momento torrentes de vapor, é imagínese lo que vale esta rapidez.

La nueva caldera, muy económica de construcción, tiene, además de la ventaja de producir en el acto vapor, la de ser inexplosible. Están haciéndose ensayos con ella, y si cumple lo que promete será el generador modelo para toda clase de industria, y el único para torpederos, coches de vapor y demás vehículos é instalaciones en que convenga tener material que ocupe poco espacio y pese poco.



No hay manera de que los rebuscadores de papelotes viejos nos dejen á los modernos la gloria de ninguna iniciativa.

¡Ni aun siquiera el anarquismo y las máquinas infernales son creación del siglo XIX!

El *Memorial Diplomatique* está publicando una serie de artículos titulados «El socialismo en China en el siglo XI», en los que se hace la historia de un movimiento revolucionario y social que hubo por aquella época en el Celeste Imperio, y durante cuyos disturbios los más exaltados declaraban que era preciso destruirlo todo y arrasar por completo el viejo edificio social.

La revolución acabó por ser vencida gracias al genio gubernamental de un Vang-Ngan-Thé. Pero, como se ve, ni el socialismo ni el anarquismo tienen origen esencialmente moderno y occidental.

Cuanto á las máquinas infernales, se ha averiguado cuál fué la primera de que habla la historia.

En el año de 1587, un habitante de Normandía envió una caja á un vecino de París de quien sospechaba fuese amante de su hermana. La caja contenía varios cañones de mosquetes, colocados de tal modo, que se disparasen al abrir la caja. Así ocurrió, en efecto; pero el parisiense, aunque herido, escapó con vida, y el normando fué condenado al suplicio de la rueda.



¡Adiós cerillas!

El famoso horno eléctrico de M. Moissan, después de producir muchas cosas de la mayor importancia científica é industrial, va á servir de medio para que se fabrique un mechero ideal.

Gracias á M. Moissan, el uranio, hace poco metal rarísimo, puede ya producirse de una manera corriente y hasta casi barata.

Cuando se frota un pedazo de uranio con un pedazo de pedernal, salen del metal, no chispas, como del acero, sino llamas de varios milímetros de largo, muy suficientes para encender una vela.

Tan rara propiedad no tardará en ser explotada por

algún industrial emprendedor, que de fijo hará dinero fabricando estos rarísimos mecheros de uranio.

Aviso á los que buscan ideas nuevas.

WANDERER.

EN BROMA

El telégrafo, «con su terrible laconismo,» nos ha traído una noticia sorprendente: la del matrimonio de D. Carlos.

Resulta, pues, que el ilustre príncipe amaba en secreto y era correspondido. ¡Misterios del corazón!

Cuando le creíamos sumido en la más triste viudez, y pedíamos al cielo que derramase cualquier bálsamo consolador sobre el alma del viudo, él dirigía sus ojos amantes á doña Mariquita Berta de Robán y concertaba con ella su boda.

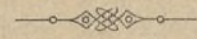
Por lo que se ve, los príncipes están sujetos á las mismas debilidades que padece el mísero peón de albañil. Nosotros sabíamos que un tinte melancólico cubría la faz de D. Carlos, y que andaba por Venecia triste y abatido, sin querer afeitarse, ni jugar al mus ni contestar las cartas de sus fieles adeptos.

—¡Es un viudo afligido!...—nos decía una persona de su servidumbre;—y llegamos á creerlo como artículo de fe.

Pero lo que él tenía era amor, amor reconcentrado, que acaba de obtener la sanción divina ante los altares.

De todo lo cual resulta, que D. Carlos no es solo un príncipe esclarecido, sino también un valiente de marca mayor.

Tan valiente, que ha estado casado una vez y reincide!



A todo esto no se sabe todavía quién va á ser senador vitalicio y quién no.

Hay varias plazas vacantes, y el jefe del gobierno sin decir: «Esta boca es mía.»

Los que prefenden el honor vitalicio acuden con varios pretextos á casa del presidente y no cesan de sacar la conversación sobre el particular.

Para lisonjearle va uno y le dice:

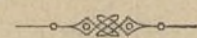
—¡Caramba! ¡Qué buen tiempo hace! Supongo que eso, añade otro, se lo debemos á usted.

—Voy á regalarle á usted un jilguero; no por lo que valga, sino porque lo ha criado mi señora desde chiquitín.

Quieras que no, le larga el jilguero, y después, con el pretexto de cuidarle y ponerle lechuga, va todos los días á casa del presidente y le dice:

—¿Qué tal? ¿Está Ud. contento con el pájaro?—y dice D. Práxedes para sí:

—¡Tú sí que eres un pájaro!...



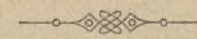
Tampoco se sabe nada definitivo acerca de los nuevos académicos.

La candidatura del Sr. Moret encuentra cierta oposición entre algunos individuos de la docta casa—que dicen los cultiprosistas.

Otros, en cambio, la defienden á fuego y sangre.

—Bueno; ¿pero con qué carácter le elegimos?—pregunta un opositorista.

—Con el de ave canora del parlamentarismo—responde el benévolo.



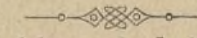
Lo del testamento falso ha seguido dando juego durante la pasada semana.

La imaginación popular se ha entregado á toda suerte de fantasías, y hay quien dice que el difunto quiso testar, y quien asegura que no quiso, y quien afirma que no hay tal difunto, y quien sostiene que sí le hay, y así sucesivamente.

Un periódico escribe: «La declaración de doña Emeteria Gómez arroja mucha luz en el proceso;» y viene otro periódico, y replica: «No es exacto que la declaración arroje luz; ni la declarante se llama Emeteria, sino Paca; ni se apellida Gómez, sino Sánchez.»

En fin, que pierde uno la ilación y acaba por volverse loco, dando lugar á que nos digan las personas de casa:

—¡Pero hombre! ¿A tí que te importa todo eso? ¿Vas á heredar tú? ¡Pues entonces!...



Con lo del testamento falso y lo de la prisión de un joven *sportant*, nadie habla más que de tribunales, jueces, incomunicaciones, juicios y careos.

La prensa publica *interviews* celebradas con alguno de los presos, y las personas sensibles se conmueven al considerar que en la Cárcel Modelo no existe ninguna de las diversiones propias de la juventud, y por lo tanto, los pobrecitos presos deben de estar aburridos.

Hay quien dice que los periódicos hacen muy mal publicando los nombres de los procesados, cuando estos pertenecen á la clase elevada.

Claro que á nadie le gusta verse en letras de molde, en calidad de preso; ni es agradable aparecer ante un tribunal, acusado de un delito, por insignificante que éste sea.

Dígame, si no, aquel famoso reo que era increpado por el fiscal en esta forma:

—Ahí le tenéis, tranquilo é indiferente después de consumados sus horrendos delitos: Ha matado á un primo suyo; ha querido envenenar á su hermano; ha hecho desaparecer á una tía...

Y el reo interrumpió á su acusador, diciendo con voz solemne:

—Ruego al señor fiscal que respete las cuestiones de familia. Nadie tiene derecho á meterse en la vida privada.

Luis TABOADA.

MADRID.—1894

Cromotipia y fotograbado de L. R. y C.^{as}, S. Bernaró, 69.

Tirado en máquina cromotípica rotativa Marinoni.

TINTA LORILLEUX

Imprenta de EL IMPARCIAL á cargo de Angel García.

¿QUÉ DESEAN USTEDES?



Un gobierno de tercera clase, que otros más cursis que yo lo han obtenido setenta veces.



Que me vea con esta ropa la hija del príncipe. Lo demás corre de mi cuenta.



Un estanco en sitio céntrico.



Bailar agarrao con la Venancia pa decirle lo que se me ha ocurrido...



Que cuando salga el primer toro no me pique; pa que vea el público de lo que yo soy capaz, y pa verlo yo de paso.



Que se muera D. Aniceto (Dios me lo perdone), que es el primero de los de ocho, para que yo me quede el cuarenta y tres para los seis mil reales, que es una canonía.



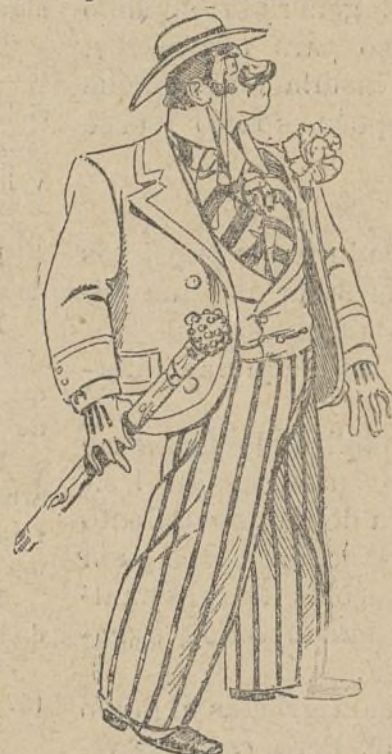
Que D. Antonio fuera tan joven como Angel, ó que Angel tuviera la circulación fiduciaria que D. Antonio.



Una mirada más de Matilde y una bromita menos de esos rifeños de la carbonería de la esquina.



Que anden derechos los concejales pa que baiga dinero y jornal, y pueda uno tomarse dos con volutad los sábados.



Algo que rompa esta monotonía de los trajes de caballero.



Que no me silben el drama, ó por lo menos que no me lo silben tanto como el de Novedades el año pasado.



Bailar en Avolo y muy cerca del palco del Veloz.



Alguien que me saque de coser en blanco, porque si no el porvenir se presenta muy negro.



Que cuando vayamos al Congreso, no me digan nada de eso de Melilla; nada de los tratados, y si me lo dicen, que no me importe un maravedí.



Colocar á ésta, cosa que voy creyendo muy difícil. Los hombres son cada vez más exigentes, y la niña está cada día más delgada.



Cualquiera cosa. Un plato de judía... ó su equivalente en metálico.